

La humillación y exaltación del Hijo de Dios

Pasión del Señor
Viernes Santo
24 de marzo de 1978

Isaías 52, 13-53, 12
Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9
Juan 18, 1-19, 42

Después de escuchar la palabra de Dios en esta tarde del Viernes Santo, narrándonos la tragedia del Calvario, mejor sería guardar silencio y con el corazón agradecido adorar al Divino Redentor. Pero es necesario, es obligación del celebrante, aplicar esa palabra eterna a los que estamos viviendo esta ceremonia. Y es que la liturgia no es simplemente un recuerdo, la liturgia es actualización.

Aquí, en la catedral, esta tarde de marzo de 1978, Cristo nos está ofreciendo la fuente inagotable de su redención a los que hemos venido con fe, con esperanza, a contemplar este misterio de la redención. Es como si en este momento lo que se acaba de leer estuviera pasando aquí ante nuestros ojos y fuéramos nosotros los que nos estamos salpicando con esa sangre que se derrama en el Calvario.

Las tres preciosas lecturas nos dan la medida, sin medida, de este gesto de amor que se llama la redención. La primera lectura nos presenta el abatimiento de Cristo hasta la profundidad de una humillación que no tiene nombre. La segunda lectura, carta a los hebreos, exalta ese personaje humillado en la cruz hasta las alturas del cielo, hecho pontífice supremo de nuestra salvación.

Y el precioso relato de la pasión que los jóvenes seminaristas acaban de hacer nos dice cómo sucedió todo esto: la humillación y la exaltación.

La ceremonia del Viernes Santo, que substancialmente dentro de unos minutos, pues, consistirá en la adoración de la cruz, no es una ceremonia triste, es una ceremonia que canta el triunfo de la cruz, es un canto triunfal a la bandera más gloriosa que se ha extendido en la historia: la santa cruz. La cruz significa la humillación de Cristo, pero también significa la exaltación del Hijo de Dios, Redentor de los hombres. Por eso, si se han fijado, con esa finura que la fe tiene, al escuchar el relato de la pasión escrito por aquella pluma mística de San Juan el evangelista, se descubre que todo parece un canto de triunfo hasta en las horas más humillantes que allí relata. Juan tiene una perspectiva de cielo, de triunfo y la proyecta sobre esa sangre y sobre ese dolor que él va narrando pero con una visión celestial: el Cordero silencioso que se humilla es el Hijo de Dios que será, y ya está desde esta misma tarde, exaltado.

El siervo de Dios cargó sobre sus espaldas las iniquidades de todos los hombres

Is 53, 4.7

Is 53, 2-3

Por eso, hermanos, el primer pensamiento de hoy tenía que ser este del profeta Isaías: el siervo de Dios, “como un cordero llevado al matadero”, cargó sobre sus espaldas las iniquidades de todos los hombres. Y lo vimos y no parecía cara de hombre, era horroroso; se volvía el rostro al mirarlo, daba asco, daba miedo; un matado como no ha habido otro matado; un torturado que ha superado todas las torturas, una humillación hasta el abismo. El profeta Isaías, por inspiración de Dios, nos anticipa siete siglos antes lo que está sucediendo esta tarde: la humillación del Cordero.

Son palabras inigualables. Por eso decía que más que hablar, es necesario amar, meditar, mirar, si es necesario hasta con repugnancia, el rostro como ha quedado de Cristo: como un gusano que se revuelca en el polvo de la tierra, entre salivazos y sangre, entre dolores inauditos, verdaderamente un deshecho de la humanidad. No se puede describir, hermanos. Es necesario que cada uno, este Viernes Santo, vea con los ojos del alma esa víctima, cómo la han dejado nuestros pecados. Porque Cristo no

padece por culpa suya; Cristo se ha hecho responsable de los pecados de todos nosotros. El que quiera medir la gravedad de sus pecados, mire a Cristo crucificado y diga con lógica: así lo he dejado yo; yo lo he matado. Por limpiarme de mis suciedades, Él se hizo sucio; por limpiarme de mis abominaciones, Él se ha hecho abominable, hasta la palabra que parece una blasfemia, pero la dice la Sagrada Escritura: el que no tenía pecado, por nosotros se hizo pecado, maldición, castigo de Dios. Eso es Cristo: el pararrayos de la humanidad. Allí descargaron todos los rayos de la ira divina para librarnos a nosotros, que éramos los que teníamos que sucumbir porque hemos puesto la causa de la maldición cada vez que hemos cometido un pecado.

2 Cor 5, 21

Gal 3, 13

Da lástima, hermanos, que en la Semana Santa, los cristianos no lloremos con profundo dolor el haber sido la causa del sufrimiento de Cristo y que, en vez de purificarnos y de convertirnos, hagamos de la Semana Santa como una cita para el pecado. Como si no fuera suficiente ya lo que hemos cargado sobre las espaldas humildes del Redentor, seguimos cargando y pecando y ofendiendo más y más al Señor.

Pero aquí en la profundidad de esta humillación, mientras miramos a Cristo clavado en la cruz, nos invita la sagrada palabra a descifrar un misterio de actualidad. Si Cristo es el representante de todo el pueblo en sus dolores, en su humillación, en sus miembros acribillados con unos clavos en una cruz, tenemos que descubrir el sufrimiento de nuestro pueblo. Es nuestro pueblo torturado, es nuestro pueblo crucificado, escupido, humillado al que representa Jesucristo nuestro Señor para darle a nuestra situación tan difícil un sentido de redención.

No es extraño, hermanos, que al sentirse así el pueblo, humillado como Cristo, quiera sacudir sus cruces, quiera botar los clavos, los azotes, quiera liberarse. Y surgen los liberadores del pueblo pero muchos en un sentido falso. Yo quisiera, hermanos, que al mirar a Cristo crucificado en esta tarde de Viernes Santo, y mirar en sus miembros también a nuestro pueblo sacrificado, tratáramos de ver en qué consiste la redención que Cristo nos está ofreciendo en sus carnes benditas para nuestro pueblo. Y la clave es muy sencilla: basta escuchar de aquellos labios moribundos las siete palabras que, como un testamento de su espíritu, nos está dejando para que comprendamos los ideales de la liberación cristiana.

EN 30 El papa Pablo VI ha dicho que la Iglesia de nuestros días no puede ser indiferente a las ansias liberadoras del pueblo; que una Iglesia que no se ponga a sentir como propia la angustia, la pena, el sufrimiento del pueblo, no sería la auténtica Iglesia de la redención. Pero el Papa, recogiendo las voces del episcopado, ha dicho también cómo es la liberación que la Iglesia ofrece; porque si la Iglesia, en sus ansias de liberación, se dejara manipular por una liberación que no es cristiana, por una liberación de odios, de revoluciones, de violencias, perdería su fuerza, no sería la verdadera redención de Jesucristo.

EN 32

Por eso, hermanos, a quienes ansían con sinceridad y con una gran sensibilidad social un mundo mejor, una patria mejor, a quienes quieren limpiar las escupidas del rostro de la patria, a quienes quieren limpiar la sangre que chorrea nuestro pueblo, le conviene escuchar de los labios del gran liberador, Jesucristo, cómo debe de ser la liberación que la Iglesia y sus cristianos ofrecen a esta patria, a este mundo, a esta situación.

Las siete palabras de Jesús en la cruz

Lc 23, 34

Oigamos la primera palabra de Cristo: “¡Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen!”. Qué lejos está el liberador del odio, del resentimiento, de la venganza. Él, que podía desatar las fuerzas de la naturaleza y hacer añicos a los enemigos que lo han crucificado; Él, que podía liberarse haciendo polvo a sus perseguidores, no quiere violencia. Cuando un día Juan y Santiago, al ver la ingratitud de los samaritanos que no le daban posada, le pedían permiso para pedir que lloviera fuego sobre aquella ciudad, Cristo les dice: “Ustedes no saben de qué espíritu son; el Hijo del hombre no ha venido a perder, sino a salvar, a dar su vida para salvación de los otros”. Esta es la liberación cristiana. Los cristianos de la Iglesia tienen que ofrecer su colaboración a la liberación de nuestro pueblo, pero a partir del amor, a partir del perdón, a partir de esta súplica de Cristo: “¡Padre, perdónalos!”.

Lc 9, 55-56

Lc 23, 34

La segunda palabra de Cristo es al buen ladrón. El ladrón, que descubre que en su compañero de suplicio hay algo más que hombre, le dice: “Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino”. Y el crucificado divino se vuelve al ladrón y le dice: “Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso”. El liberador de los hom-

Lc 23, 42-43

bres sabe que el paraíso no está en esta tierra, pero que un hombre acribillado con la cruz como el ladrón puede aspirar a un paraíso y lo tendrá si tiene fe. La liberación, hermanos, la liberación cristiana es trascendente. Los cristianos sabemos que en esta tierra no puede haber un paraíso. No. Tampoco queremos adormecer a nadie, porque la religión no tiene que ser opio del pueblo; la religión no es conformismo; la religión no es pereza, sino que le dice a los cristianos: desarróllense, promuévanse, superéense, pero con la esperanza de un paraíso que solo existe más allá de la historia. Tampoco condescendemos con una liberación que solamente esté esperando el cielo y que se conforme aquí en la tierra con la esclavitud. De ninguna manera. Los cristianos sabemos que el paraíso tiene que reflejarse también en esta tierra y que los que aquí trabajan por la implantación de un reino del cielo en las relaciones de los hombres, más humanas, menos opresivas, menos deprimentes, más iguales, donde nos sintamos todos hermanos, es necesario que refleje aquel cielo en esta tierra para que los peregrinos de la tierra seamos felices en esta tierra y también en la eternidad.

La palabra de Cristo viene enseguida en un diálogo amoroso con su santísima madre y con el discípulo amado: “Ahí tienes a tu madre”. “Ahí tienes a tu hijo”. La liberación de Cristo, hermanos, es ternura, es amor, es la presencia de una madre bondadosa: María. Y María es el modelo de quienes colaboran con Cristo para la liberación de la tierra y la adquisición del cielo. María, que en su cántico de acción de gracias proclama las grandezas de Dios y también proclama que Dios desecha el orgullo de los poderosos y enaltece a los humildes, nos enseña que el camino de la liberación verdadera, de la redención cristiana, es el camino de la humildad, el camino del amor, el camino de una entrega, como la de María, que será también para amarnos y encontrar en ella el camino blanco que nos lleva a Jesús.

Después, Cristo nuestro Señor, sintiendo lo que sentían los crucificados: la fiebre, la sed, el desangramiento, grita con el ansia de sus fauces reseca, con una queja de verano: “¡Tengo sed!”. La liberación de Cristo no rehuye las angustias fisiológicas del hombre: siente el hambre de los que no tienen lo suficiente para comer, la angustia de quienes no ganan lo suficiente, la sed. La sed de Cristo, hermanos, es la señal de que también se preocupa y siente la angustia temporal de los que peregrinamos

Jn 19, 27

Jn 19, 26

Lc 1, 46-55

Jn 19, 28

en la tierra y también la redención de Cristo tiene que ver en el bienestar de la garganta, del estómago, del cuerpo humano, de la vivienda, del alfabetismo, de todas esas necesidades que hacen de la tierra el camino hacia Dios, la promoción humana. La sed de Cristo era una sed auténtica. Los místicos han querido trasladarla a una sed misteriosa de almas. Puede ser, pero ante todo era sed de verdad, sed de agua; quería agua y no había para sus fauces, a quienes le dieron hiel y vinagre.

Jn 19, 29

Mc 15, 34

Después, Cristo la angustia del espíritu la manifiesta en ese grito misterioso de quien siente la soledad en el dolor: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?”. Queridos hermanos, cuando llega la hora de la prueba, cuando llega la hora en que hasta la fe parece oscurecerse, cuando se eclipsa la esperanza, cuando el pueblo parece que queda sin horizontes, no olvidemos esta tarde del Viernes Santo; también Él sintió la angustia, el misterio del abandono hasta de Dios, se sintió casi sin el amor del Padre, sin esperanza su vida. Qué extraño, hermanos, que en las horas de angustia, de torturas, de prisiones injustas, de situaciones que no tienen explicación, nos volvamos al Padre con la confianza de un hijo para decirle: Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Pero con la seguridad de que Dios solamente está sometiendo a prueba la voluntad en la obediencia y en el amor, para sacar a flote esa angustia del hombre.

Jn 19, 30

Y Cristo ve que todo se ha cumplido y dice esa voz que parece una voz de creación: “Todo se ha cumplido”. Qué hermosa es la vida del hombre cuando retorna, a la hora de la muerte, a la casa del Padre y le puede decir: todos los detalles de mi vida han sido reflejo de tu voluntad divina. Qué triste, en cambio, tiene que ser la presencia de un réprobo ante Dios; la presencia de un rebelde que le quiere decir a Dios: “Señor no obedecí tus leyes, creí que era libre y que la libertad consistía en sacudir tus mandamientos. Quise buscar los caminos de la felicidad no por tus leyes sino por mis caprichos, por mis pasiones, por mis vicios”. Qué hermosa la vida, hermanos, cuando a pesar de las pruebas, sabemos que toda va siendo calcada en la voluntad del Señor. Procuremos que esta tarde el mensaje de Cristo muriendo en la cruz se refleje en nuestra vida entregada a su voluntad santísima.

Y así fue como la última palabra que brota del Señor es la entrega confiada de la vida y de la muerte en los brazos del Señor. Ahora ya aflora otra vez a los labios de Cristo la confianza

filial: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”. Que a la hora de nuestra muerte sintamos que la presencia del Padre recoge nuestra vida, nuestro espíritu y trasciende con la satisfacción de haber dejado en la tierra una lucha inspirada en el amor y en la fe y en la esperanza; no sangre, no violencia. ¡Qué triste será dejar, hermanos, en la huella de la vida, torturados, desaparecidos, matados, terrorismo, incendios, crímenes! ¡Qué cuenta tendrán que dar a Dios esas manos manchadas de sangre que empuñaron látigos y dieron puntapiés a sus hermanos! ¡Qué triste será en aquella hora no poderle decir: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, cuando lo que presenta en la hora de la muerte no es un espíritu que ha trabajado en la tierra el amor, la esperanza y la fe, sino la lucha sangrienta que no la quiere Dios!

Cristo no ha muerto

Y así, hermanos, ante este cadáver de Cristo, nosotros reflexionamos esa segunda preciosa lectura de Pablo: Cristo no ha muerto. Lo más bello de la Semana Santa no es esta tarde. Sí, quizá esta tarde es la más conmovedora, ver que un Dios por mi amor se hizo hombre y por mi amor se dejó matar. Pero lo bello es que esa muerte fue rubricada por la potencia de Dios y, dentro de tres días, mañana por la noche, cantaremos la victoria de la resurrección, luz y esplendor, la rúbrica de Dios, para decir: el que llevó los pecados de los hombres para clavarlos en la cruz, ha sido aceptado el sacrificio; y el hombre que quiera puede ser perdonado, solidarícese nada más con la pasión, la muerte de Jesucristo, y sepa que por más grandes que sean los crímenes y los pecados, Dios los perdonará.

Y por eso, hermanos, la liturgia preciosa de esta tarde —ya la vamos a hacer— es una oración universal. Ahora la Iglesia siente que su corazón es, como el de María, ancho como el mundo, sin enemigos, sin resentimientos, va a orar por todos, a pedir por los pecadores para que se conviertan, por los mismos que la escupen y la calumnian, para que no vayan a morir en la desgracia de odiarla, sino que se conviertan y con los que son felices, como el buen ladrón, encuentren un paraíso, aun después de haberla ofendido. Vamos a pedir por los gobernantes, instrumentos de Dios para hacer paz, justicia en el mundo y no el

Hb 4, 14

atropello de la dignidad humana. Vamos a pedir por los que no tienen fe para que encuentren, en el camino de luz de la fe, la felicidad que Cristo nos ofrece, comprada con su sangre y su dolor esta tarde. Hermanos, es el Sumo Pontífice —dice San Pablo— que ha penetrado los cielos y que desde su cielo ahora, sin venganzas, con amor infinito, en la voz de su Iglesia que peregrina en la tierra, nos está diciendo cómo nos amó cuando murió en la cruz y cómo nos sigue amando ahora cuando peregrinamos nosotros en pos de Él. Oremos, entonces.